

rra no quería más, pero tampoco menos. Cultivar su jardín, cobrar la renta de los dos mil acres, soñar un poco á la luz de las estrellas ó sobre una página de Wordsworth y acaso meditar en el destino humano... He ahí toda la aspiración de Edward Grey. He ahí toda la ambición de Inglaterra.

Un intruso pone en peligro esta realidad. Edward Grey entonces, acaso por primera vez en su vida, sentiría un conato, nada más que un conato, de cólera. ¿Quién perturba la paz de Europa? ¿Quién hace malograr las vacaciones estivales del ministro de Estado británico? ¿Quién interpone entre él y su caña de pescar una guerra europea? ¡Desgraciado! ¡Sufra el merecido castigo! Y allá mandó Edward Grey los barcos y los soldados ingleses á restaurar la paz de Europa, pero una paz que acabe con los grandes perturbadores y haga posible dentro de un verano ó dos el retorno sin inquietudes del ministro de Estado inglés á sus propiedades campesinas. Inglaterra defiende en este conflicto la caña de pescar de Edward Grey. Ese humilde artilugio representa todo lo que hay de más codiciable en el mundo.

PRINCIPIOS Y POLITICAS EN PUGNA

I

Una cultura sin derecho y sin moral.

Mientras los pobres soldados luchan á sangre y fuego en los campos de batalla, los hombres de pluma ingleses y alemanes riñen una estrepitosa guerra de palabras en sus periódicos respectivos. Los periódicos enemigos son contrabando de guerra; pero esto no es obstáculo para que los ingleses lleguen á las redacciones alemanas y los alemanes á las redacciones inglesas. De este modo estamos informados diariamente de estas animadas batallas verbales.

Este aspecto de la guerra ha invadido todas las regiones espirituales, desde las puramente artísticas hasta las más filosóficas. Ningún gran valor ideal queda fuera del conflicto. En sus comienzos, algunos celosos patriotas ingleses plantearon el problema de si en los teatros de la Gran Bretaña debía seguirse oyendo la música de Wagner y de

otros grandes compositores alemanes durante y aun después de la guerra. Y hace poco, Max Reinhardt, famoso reformador escénico, preguntó á varias personalidades alemanas si había que seguir representando á Shakespeare en el *Deutsches Theater* de Berlín. El resultado de ambas encuestas es que los ingleses continúan deleitándose con la música alemana y los alemanes con el teatro inglés, del mismo modo que en Alemania siguen empleándose las máquinas de vapor, á pesar de su origen británico, y en Inglaterra se busca con avidez, por lo escaso, el celebrado descubrimiento del doctor Ehrlich.

Declarados neutrales el arte y las ciencias, la guerra intelectual ha quedado limitada á las más amplias regiones de lo que podríamos llamar filosofía práctica ó teoría del derecho, de la moral y de la historia. En dos categorías pueden clasificarse los combatientes que sostienen la guerra en este terreno: los artistas, poetas, dramaturgos y novelistas, y los pensadores profesionales ó filósofos con cátedra abierta. Los primeros representan, si nos es lícito agotar el símil, la caballería ligera, y los segundos, la artillería gruesa.

En Inglaterra apenas han hablado hasta ahora más que los artistas. Raro será el poeta inglés de algún prestigio, y aun sin él, que no haya dedicado á la guerra un soneto, por lo menos. En cuanto á los prosistas, como la época no es la más adecuada para escribir novelas ó comedias, han inundado los periódicos con dilatados artículos, que son, por el momento, la única literatura productiva. Como cuadra á esta categoría de guerreros, sus ataques son

fogosos, rápidos, entusiastas; acaso un poco ilógicos á veces, acaso uno de estos valerosos escritores comete el heroísmo de atacar la cultura alemana al mismo tiempo que confiesa su desconocimiento del idioma alemán; pero sus embestidas son certeras y sus plumas se clavan en el corazón del conflicto.

En cambio, á Inglaterra han llegado escasas voces alemanas de la categoría artística. Hemos leído la respuesta de Eulenberg á un artículo de Bernard Shaw, algunas de cuyas obras ha traducido al alemán. Eulenberg es uno de los escritores jóvenes más reputados de Alemania. Pero su misma respuesta participa más bien del carácter de la artillería, aunque no sea de la más gruesa, que queda reservada para los profesores. Raro será el profesor alemán que para estas horas no ha bombardeado el nombre de Inglaterra con sus enormes baterías científicas. Los grandes generales de esta campaña profesoral son Eucken, Haeckel, Wundt, Liszt. Casi todos coinciden en este triple argumento, sostenido especialmente por Wundt: que Inglaterra es la causante de la guerra europea; que su finalidad es la ganancia económica, y que todo ello es producto de la filosofía del utilitarismo. El mismo móvil de los soldados ingleses al alistarse en el ejército le parece á Wundt un móvil utilitario. Mercenarias llama á las tropas inglesas. El venerable psicólogo cree que un chelín por día ha bastado para que los voluntarios ingleses se alisten y vayan á morir en los campos de Francia. La mayor parte de esos voluntarios pertenecen á la clase media, y casi todos dejan ocupaciones y comodidades domésticas inaccesibles á la inmensa mayoría de los

soldados pertenecientes á los ejércitos obligatorios. Wundt, el gran Wundt, á pesar de toda su ciencia, que es inmensa, y psicológica por añadidura, no ve sino utilitarismo en lo que es un estupendo ejemplo de espontáneo sacrificio.

A Wundt han seguido otros pensadores alemanes. Ostwald, el gran químico de Leipzig, pensador original y defensor de muchas causas internacionales, estuvo en Suecia á sondear si los suecos estaban dispuestos á establecer una especie de unión de los Estados bálticos, en la cual Suecia podría reservarse un papel parecido al de Prusia en el imperio alemán. Ostwald fué como delegado de una Liga para la promoción de la "cultura" alemana. Los suecos acogieron con frialdad sus lisonjas y sus vastos planes. Algunos periódicos le dijeron que en Suecia interesaría más saber cuáles eran los planes de la "Liga de Cultura" respecto de Schleswig-Holstein, Alsacia-Lorena y Bélgica. Que se sepa, Ostwald no ha dicho aún una palabra sobre esto.

Al bárbaro resplandor de esta guerra se ven fenómenos de difícil explicación. Ahí tenemos el más sorprendente de todos: ¿cómo es que de una cultura como la clásica alemana de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX ha podido brotar un pueblo como esta Alemania de 1914? Y en cambio, de una cultura como la inglesa, de esta cultura que no puede abandonar el plano de la experiencia sino para caer en el mundo de lo suprasensible y de la superstición, de esta cultura que todavía no ha logrado definir diáfana, estupendamente, los límites del conocimiento, como lo hizo la alemana, ni hallar

una roca incommovible para erigir sobre ella una imperecedera teoría moral, ¿cómo ha podido surgir uno de los pueblos que más aman la libertad y que más sacrificios han sufrido y sufren por ella?

El contraste es inquietante. Lo que haya de sano y grande en la cultura alemana, y hay mucho, indudablemente, sobrevivirá á esta guerra, aunque se hunda Alemania; como ha sobrevivido la filosofía y literatura griegas y el derecho romano á la desaparición de la Grecia y la Roma de la antigüedad. Pero algo nefando existía en una cultura que ha culminado en el más terrible sistema militar que registra la historia y que cuenta entre los más fervientes defensores de este sistema á algunos de sus más gloriosos representantes. ¿No será este mal un exagerado espíritu de especialización, aniquilante para la personalidad social?

Nada más doloroso que ver á los grandes cerebros de Alemania convertidos en rábulas del odioso militarismo alemán y de sus crímenes. Es estupendo el caso de una nación donde todavía no ha habido una gran cabeza, una gran alma independiente que proteste contra los orígenes y métodos de una guerra que hasta la fecha no ha hallado aprobación más que en Turquía. ¿Qué les ha pasado á los grandes científicos alemanes? Una de dos: ó una vida de especialidad científica les ha cegado los ojos para no ver la atmósfera militarista que les envuelve, y que es la única causante de todo, ó, viéndolo, han perdido toda sensibilidad moral, todo sentimiento de justicia, hasta el punto de excusar los más horribles crímenes á cambio de quién sabe qué recompensa, quizás nada más que á cambio de

una sonrisa, de un apretón de manos ó una palabra lisonjera de ese vicerregente de la divinidad que conocemos por Guillermo II. Nos inclinamos á creer lo primero. De todas suertes, una "cultura" de la cual parecen radicalmente proscritos el derecho y la moral como realidades sociales, está pidiendo una minuciosa revisión.

II

Alemania y la eficacia.

(Carta abierta á un pensador español.)

Celebro, apasionado maestro, verle tan animoso; á pesar de la agresión de que recientemente fué objeto por parte de nuestra beocía ministerial, y celebro, sobre todo, que haya escrito estas tan atinadas palabras: "Por ahora, lo que importa es que derroten cuanto antes á los pedantes del *Kathedermilitarismus*, al águila cacareadora y fanfarrona, á los catedráticos de la ciencia de la milicia, que no maestros del arte de la guerra, á los de mate en 27 jugadas con este peón y en aquella casilla. ¡Pedantes, pedantes, pedantes! No brutos, sino pedantes de brutalidad." "Es mejor el bruto que el que, por disciplina (!!!), se hace el bruto sin serlo." "Y hay que ver la *Literatur* de lo que en Alemania se ha escrito sobre esta guerra. Pesa más que todos sus cañones."

Todo eso, admirado maestro, es, en efecto, pedantería, la pedantería de la "eficacia". La eficacia es la técnica elevada á su máxima perfección. Había que ver la técnica alemana. En realidad, la novísima Alemania era toda ella un inmenso taller técnico. Todo el mundo, grandes y pequeños, ricos y pobres, vivían postrados á los pies de esta divinidad moderna: la Técnica. ¡Qué industria, que comercio, qué burocracia, qué ejército, qué marinal! La misma política era un ejercicio técnico. En otras partes, los partidos luchan por el poder; en Alemania, desdeñosos del poder que monopolizaba un lunático de megalomanía, combatían por el número, á ver quién conquistaba más electores y más diputados, ó por la estadística, á ver quién presentaba en los debates parlamentarios mayor cantidad de cifras y á ver quién las manejaba con más destreza.

Y en ciencia como en política. Pocos se preocupaban de la verdad, ó, lo que es lo mismo, de buscar respuesta á las más hondas preguntas del espíritu humano. Toda la fuerza se iba en erudición, en desenterrar y desempolvar los más viejos documentos, en descifrarlos, en catalogarlos. Poco importaba que su utilidad fuera secundaria ó nula; lo esencial era descubrir algo nuevo en el pasado, cerrando los ojos al presente y desdeñando lo venidero. Erudición, investigación de biblioteca, lectura de centenares de volúmenes para extraer un simple é insignificante dato, citas sin fin, interminables listas de libros al final de cualquier obrilla baladí, formidable andamiaje, aplastante técnica, y pobreza, indigencia de pensamientos nuevos, de nuevas ideas creadoras. El descubrimiento de un papiro

era saludado como el de un nuevo mundo; pero un gran movimiento social, una revolución, era un despreciable suceso de actualidad, á lo sumo, bueno para la bastarda especie periodística. Las grandes realidades vitales, engendradoras de la historia, apenas interesaban á este mundo de eruditos; sólo una vez pasadas, muertas, descendían sobre ellas para disecarlas y catalogarlas. A estos hombres de ciencia alemanes no les interesaba la verdad, ni el bien, ni lo bello; no les interesaba más que el interés de los que en el pasado habían sentido la preocupación de estos eternos problemas. Aclaraban, clasificaban, ordenaban, agrupaban, sistematizaban los pensamientos que otros habían parido con dolor, acaso turbia y desordenadamente; pero ellos no pensaban nada por su cuenta, no se apasionaban por nada, no se emocionaban ante nada. Eruditos, técnicos, eficaces.

Esta petrificación del espíritu se había extendido hasta aquello mismo que en todo pueblo es lo más vital: la organización obrera. ¡Estupenda organización! Tantos millones de hombres, tantos millones de marcos. Un coloso. Pero ¿qué hacía el coloso? ¿Por qué no se movía y derrumbaba la absurda superestructura social que sostenía en sus hombros? No; había que tener cuidado con las Cajas, con las magníficas Casas del Pueblo, con los potentes periódicos. ¿Huelgas generales? No, no; antes discutir las interminablemente en revistas, en libros, escribir historias sobre la huelga general, discutir estas historias, y así indefinidamente. ¿Marx? Aquel volcán de sentimientos, de dolor por sus semejantes que fué Marx, era en manos de sus sacerdotes

alemanes una cosa fría, muerta, un tema académico que no se agotaba nunca. El pobre pueblo alemán sufría miseria en lo económico, despotismo en lo político; pero nada de exacerbarle; contentarle, á lo más, con el sentimiento vanidoso de pertenecer á una organización con tantos centenares de miles de socios y con tantos millones en las cajas, y á un partido con tantos millones de electores, mientras los directores prácticos seguían organizando sin fin y los directores teóricos discutiendo también sin fin. ¿Qué más se podía pedir?

Habla usted, maestro, del fracaso del socialismo, y sobre eso hay mucho que decir, y con el tiempo se irá diciendo. Si fracaso significa la frustración de una empresa bien determinada, no puede decirse que los socialistas hayan fracasado. Deseo suyo era y es evitar la guerra; pero ninguna experiencia se había hecho para realizar ese propósito. Y precisamente no se había hecho aún ninguna experiencia por voluntad de los socialistas alemanes, adversarios irreconciliables de toda acción comprometedora. Fracaso, no, sino error por parte de los socialistas del mundo en haberse dejado conducir por los alemanes. Después de esta guerra, entre los numerosos valores que haya que revisar, uno ha de ser, para los socialistas, este de la dirección internacional, que no es cosa de buenos técnicos y buenos teóricos, sino de hombres de ancho corazón y de larga vista política. En esta guerra estamos aprendiendo y habremos de aplicar la lección á otros campos de batalla—que no son la técnica y el número los que triunfan, sino el sentimiento de libertad.

“¡Al cuerno con la técnica! Y si es la ciencia misma la que ha de ser derrotada, que lo sea. Para lo que nos sirve...” Con estas graves palabras cierra usted, vehemente maestro, su interesante carta. Sería descubrirle á usted el Mediterráneo irle á decir que no es la técnica toda la ciencia, á pesar de la Alemania moderna, de esta Alemania que se considera idealmente grande por la grandeza de sus antepasados, como esos señoritos que se envanecen con la riqueza acumulada por sus padres; pero que no lleva en sus venas ni uno de los grandes pensamientos vivos y libertadores de sus pensadores clásicos, los cuales volverían á morir repentinamente de dolor si vieran que la barbarie armada de sus descendientes invoca sus gloriosos nombres mientras asola á Europa.

No es la técnica toda la ciencia ni hay por qué renegar de toda técnica. Si no por la técnica, que es economía del esfuerzo humano, todos los hombres tendríamos que vivir encorvados sobre la tierra para arrancarle nuestro sustento diario. Gracias á la técnica —y á una injusta distribución de sus beneficios—, es posible que existan, cada día en mayor número, hombres que pueden dedicarse exclusivamente á empresas espirituales (no sólo técnicas) de la ciencia, del arte, del bien. Lo malo es que se la tome como la ha tomado esta Alemania de ahora: como un fin en sí y no como un medio para que el hombre ahorre tiempo y energías dignas de fines más altos. La técnica como fin: ese es el pecado de Alemania, resultado fatal de haber hecho de sus ciudadanos especialistas y no hombres. La técnica como medio, aunque sólo sea para contener y de-

rrotar á la técnica finalista; éste debe ser nuestro ideal, el ideal de las democracias europeas. Haya técnicos y técnica; venga eso de la "eficacia"; pequeño ensayo de imitación alemana que se ha querido instaurar en España recientemente; pero díganosenos la finalidad. Una nación esclava de la técnica, sin vivos valores morales, está expuesta á la misma suerte de Alemania: á dejarse arrastrar ciegamente, abyectamente, por el ideal de un megalomaniaco hinchado de atavismos medioevales.

III

Militarismo alemán y marinismo inglés.

La polémica entre el *Washington Post*, que asegura que "no se puede establecer ninguna diferencia entre el militarismo alemán y el militarismo inglés" (léase más bien marinismo inglés), y Mr. Anthony Hope, uno de los escritores ingleses más reputados, tiene un interés demasiado general para no ampliarla con un comentario. En España han sostenido algunos periódicos la misma tesis que el *Washington Post*. No es ello maravilla, no sólo por no existir ninguna ley natural ni sobrenatural que impida á un español—aunque sea carlista—pensar como un americano, sino porque probablemente las raíces de la tesis, en Europa como en América, son las mismas; brotó del cerebro de uno de esos profesores en sofismas que Alemania ha eriviado por el mundo para ganarlo á su causa.

Mr. Anthony Hope da la respuesta adecuada al decir que la tesis alemana y germanófila "se funda en una confusión del pensamiento, y que la hace plausible cierta ambigüedad en el empleo de la palabra militarismo". Nada más exacto. Hay gentes, por lo visto, que no pueden distinguir el militarismo de una organización militar. Para ellas, militarismo es todo lo concerniente á la milicia. Pero la distinción no es tan sutil que requiera una enorme potencia cerebral. Militarismo—uno siente vergüenza de tener que insistir en estas definiciones elementales é inequívocas—nopue de significar sino un régimen político en que prepondera la clase militar ó una tendencia fuertemente pronunciada de la clase militar á predominar en el gobierno de una nación. En todas partes hay militarismo—hasta en Inglaterra, como lo indicó aquel minúsculo pronunciamiento de oficiales cuando el pleito del Ulster—; pero mientras en la mayoría de los países es simplemente un factor potencial, ó bien un factor que no ha podido llegar al predominio, en Alemania la clase militar es una fuerza actual, absoluta, que domina sobre el resto de la población civil.

Ahora bien; si Alemania triunfase en esta guerra—la hipótesis, afortunadamente, no tiene más que un puro valor especulativo—, ello significaría un triunfo del militarismo; esto es, una prolongación de su Estado militar á los Estados que cayesen bajo su dominio inmediato y, en general, una explosión militarista en el mundo entero.

Malo era el Gobierno belga, con el soporte de poderosas organizaciones católicas; malo el Gobierno

de Francia, disputado por diversas fracciones de una plutocracia voraz; malo, peor que malo, el Gobierno de España, asentado en un caciquismo inepto y extenuante; pero mil veces peor que todo ello sería un régimen en que la bota de un sargento prusiano gravitase directa ó indirectamente sobre el cuello de toda Europa. Contra el clero, una vez que le hemos despojado de sus potros de tormento, podemos luchar y vencerle; la plutocracia sucumbirá algún día no lejano; la carcoma del caciquismo se vendrá á tierra alguna vez; todas éstas son fuerzas reales y potentes, que, sin embargo, no descansan en la fuerza bruta, como el militarismo. Lo difícil es derrotar á un Gobierno armado.

Siglos de lucha ha costado el triunfo de las clases civiles; siglos de lucha costaría un renacimiento del poder militar en toda Europa. Este es el peligro de una victoria de Alemania, que no sería, como sus portavoces pretenden, la victoria de la idea teutónica, que originariamente significa democracia, y que sólo sobrevive en los pueblos latinos y anglosajones, sino el triunfo de la idea tártara y de la idea musulmana—de la Prusia tartárica, que no teutónica, y de la Turquía musulmana—, que significa despotismo militar y despotismo teocrático.

¿Y qué es, en cambio, eso del marinismo inglés, eso de la tiranía marítima de la pérfida Albión? El pecado de Inglaterra viene á ser el mismo que el de todos los pueblos imperiales, el pecado que ha engendrado casi todas las grandes guerras y que seguirá engendrando muchas más mientras no se le elimine: la conversión de una parte del planeta en propiedad privada de un pueblo, ó mejor dicho, de

una clase privilegiada de un pueblo. No se llegará á la paz social mientras no se nacionalice la propiedad privada y especialmente la tierra; no llegaremos á la paz internacional mientras no se internacionalicen aquellos territorios que por sus condiciones naturales ó por el atraso político de su población pueden suscitar la codicia de los pueblos más adelantados, emprendedores y expansivos. Pero dentro de este pecado universal, Inglaterra es quien mejor le ha ennoblecido, del mismo modo que en el orden interno es la que, con su formidable democracia, no completa, sino en perpetuo proceso de evolución, mejor ha dignificado el régimen de la propiedad privada.

La tiranía de la pérfida Albión ha servido para crear estupendas democracias en distintas y remotas regiones del globo, como los Estados Unidos, Canadá, Australia, Sur de Africa. Sin Inglaterra, ó sin su expansión imperial, el mundo sería inmensamente más pobre en riqueza democrática.

Imaginémonos el Estado prusiano extendiéndose á los Estados Unidos y á las colonias inglesas autónomas. Se dirá que siempre le queda á una colonia el recurso adoptado por los Estados Unidos con Inglaterra y del resto de América con España: la separación violenta cuando la metrópoli abusa de ella. Pero, dado el régimen colonial, la separación violenta, aunque preferible á un régimen de explotación, no es lo ideal. Lo ideal es la continuidad del proceso de creciente unificación, libre y espontánea, entre las diversas partes del globo. Inglaterra ha realizado este proceso como ningún otro país en la historia. La pérdida de los Estados Uni-

dos le enseñó la magna lección de que el viejo sistema colonial, en que la colonia era una simple posesión susceptible de todo género de explotaciones, debía reemplazarse por otro en que la colonia no es ya colonia en el sentido antiguo, sino parte libre, autónoma é integrante de la metrópoli. Fue aquella la gran lección de que en lugar de un imperio á base militar y á base de explotación económica, había que establecer una federación de Estados libres, unidos voluntariamente á la metrópoli por una comunidad de lengua, de ideales políticos y de intereses materiales. Como lo ha demostrado en esta guerra la magnífica conducta de las comunidades inglesas de América, de Africa y de Oceanía, eso es lo que ha sabido hacer Inglaterra y lo que no supo hacer ningún otro país jamás. Si hubiera sido esa la obra de España en América, cuánto no hubieran ganado los españoles, los americanos mismos y el mundo en general. En ese caso, el mundo hispano-americano sería hoy una federación democrática, en vez de una serie de anillos sueltos y antagónicos de una cadena rota y tal vez sin soldadura.

Pero Inglaterra no llevó sólo tras su bandera la libertad democrática y el espíritu federativo, sino también la libertad económica. No sólo no explota á sus colonias, sino que deja en ellas abierta la puerta del comercio al resto del mundo. Tras su bandera, van la democracia y el libre-cambio. No hace de sus colonias una posesión explotable, con detrimento de las colonias mismas y del resto del mundo. No monopoliza su comercio, no le protege en provecho suyo con

murallas aduaneras. ¿Dónde está, pues, la tiranía?

Se dirá que su tiranía consiste en impedir que el resto del mundo posea colonias, ó que por lo menos, aunque esto no haya podido realizarlo, como se puede ver con echar una ojeada á un mapamundi, existe en ella, latente ó en acción, la resistencia á que los demás países extiendan sus territorios coloniales. No puede negarse esta resistencia, que es común á todos los países colonizadores y no sólo propia de Inglaterra; que es, en suma, una consecuencia del pecado de la política internacional de querer convertir territorios ajenos en propiedad privada de un pueblo. Pero cuando Inglaterra se resiste á la acción expansiva de otros imperios, no se olvide que no sólo defiende sus intereses, sino los intereses generales del mundo, al querer impedir que un imperio como el alemán, por ejemplo, monopolice, ó poco menos, la economía de regiones africanas y asiáticas mediante barreras aduaneras inexpugnables; no se olvide que el imperialismo inglés tiene por fundamento la libertad de comercio. De añadidura, impide que los imperios militaristas extiendan á otras zonas del globo su régimen anti-democrático.

Requerido Schlettewein, un funcionario alemán del ministerio de Colonias, á que expusiera ante el Reichstag sus opiniones sobre política colonial, dijo:

“En política colonial, estamos en un punto donde los caminos se bifurcan: por una parte, un sano egoísmo; por otra, un exagerado humanitarismo. Hay que obligar á trabajar á los hereros (tribu de la colonia alemana del Sudoeste de Africa), á tra-

bajar sin compensación y nada más que á cambio de su alimento. El trabajo forzado durante unos años no es más que un justo castigo, y al mismo tiempo, es el mejor método de entrenarlos.”

He aquí lo que trata de impedir el imperialismo inglés, no sólo el privilegio comercial, sino la extensión del despotismo, la instauración del régimen servil sobre pueblos menos adelantados.

La misma India es uno de los fenómenos más estupendos en la historia colonial del mundo, y lejos de ser una manifestación del militarismo de Inglaterra, revela todo lo contrario. No todo el mundo sabe que la India fué conquistada por una Compañía particular, inglesa, cierto es; pero con un ejército cuyas cuatro quintas partes las formaban indios. Inglaterra conquistó la India con indios. Según Seeley, en su excelente libro *La expansión de Inglaterra*, más que conquista, fué una revolución interna. El sostén de la India es un ejército indio. Es, pues, un dominio que está en el aire. Cuando los indios quieran emanciparse, nada podrá hacer Inglaterra. Pero lo que puede hacer y está haciendo, justamente á nuestro juicio, es impedir que otra potencia europea lleve allí un régimen político y económico menos libre. Hay algo de trágico y emocionante en las relaciones entre Inglaterra y la India. Es uno de los grandes momentos de la historia. Acaso dependa de ello la salvación del Asia para la democracia. Acaso sea el talón vulnerable de Inglaterra. El tiempo dirá. De todas suertes, la civilización humana perdería inmensamente si en vez de Inglaterra dominase en la India otro pueblo. La conservación de ese dominio, donde tantos inte-